



Comunión entre los pueblos¹ *Religiosas Misioneras de Santo Domingo*

La comunidad dominicana es, esencialmente, una experiencia de comunión fraterna. El ideal dominicano no puede ser comprendido al margen de este ideal de comunión inspirado en la comunidad apostólica, construida sobre la fe en Jesús Resucitado, en la escucha de la Palabra y en la oración, en la caridad y en la fracción del pan a la que Santo Domingo hace constante referencia. La Regla de San Agustín, que respalda el proyecto fundacional de Santo Domingo, subraya fuertemente este ideal de la fraternidad. La vida de comunidad, en la que todas nos unimos en Cristo como una verdadera familia, es fuente de ayuda mutua en el caminar diario y nos sostiene en la realización de nuestra vocación personal. Debe ser testimonio de reconciliación en Cristo y de comunión enraizada y fundada en su amor. Nuestras comunidades serán escuelas de misericordia cuando cada una de nosotras seamos fuente de caridad y testigos del amor que se hace ternura, compasión, acogida, perdón, al estilo de Nuestro Padre, en el que se combinaban armónicamente su firmeza de voluntad con su fina sensibilidad, ternura y compasión...

Para Nuestro Padre Santo Domingo cualquier tiempo y ocasión eran buenos para anunciar la Palabra de Dios. Predicaba constantemente y en todo lugar, pero nunca desapareció de él el ideal de la misión entre los no creyentes. Nuestra Congregación, contemplando este aspecto del carisma misionero de Santo Domingo, debe seguir orientada hacia las misiones del Extremo Oriente para llevar el mensaje de Jesús a todos los que aún no han oído hablar de Él. Para realizar fielmente este ideal misionero y para mayor disponibilidad al servicio de la Iglesia, debemos fomentar en las Hermanas, desde los primeros años de su formación, el auténtico espíritu misionero de la Congregación, “entregándonos de una manera nueva a la Iglesia universal y dedicándonos, por entero, a la evangelización íntegra de la Palabra de Dios”.

Debemos ser contemplativas, anunciando a Cristo de modo creíble, ya que, siendo testigos de la experiencia de Dios, podemos decir como los Apóstoles: “lo que contemplamos (...) acerca de la Palabra de la vida (...) os lo anunciamos” (I Jn 1, 1-3; cf. CF & V; RM 90-91) ... El Plan general de formación conduce a todas las Provincias, Delegaciones y Casas filiales, en el esfuerzo de la unidad de la formación de todas las Hermanas, como instrumento de identificación y de comunión, garantía de la unidad del Instituto. Este PGF debe dar vida a la pluriformidad de las expresiones y a las adaptaciones a las diversas culturas. El proceso de inculturación forma parte de nuestra actividad misionera y estará presente en el camino de la formación. Debe ser asumido por las Hermanas como una llamada a colaborar con la gracia, para lograr un acercamiento a las diversas culturas, procurando tener la misma actitud de Jesús, que se encarnó y vino a nosotros con amor y humildad. Una verdadera inculturación comporta necesariamente un diálogo interreligioso que no se contrapone a la misión ad gentes y que no dispensa de la evangelización.

Nuestro Instituto, por ser internacional, debe dar testimonio y mantener siempre vivo el sentido de comunión entre los pueblos, las razas y las culturas (cf. VC 38), enfrentándonos al reto de la inculturación (cfr. VC 80) y conservando nuestra propia identidad, en un clima de fraternidad (cf. VC 67). Las Hermanas, desde los primeros años de la formación, deben ser conscientes de que la Congregación, por estar situada en diversos países y contar con diversas culturas, debe mantener la unidad y comunión entre todos sus miembros. Se debe ayudar a las Hermanas a crecer en la conciencia de un mundo global y en el estar abiertas a la Iglesia universal, viviendo en una Iglesia particular. La internacionalidad no es un camino fácil, es un camino pascual. Exige un proceso de conversión para todos los grupos culturales existentes de la comunidad. Es una estructura del Evangelio en la que deben estar presentes: la confianza, la apertura al cambio y la conciencia de que, cada grupo cultural, es vulnerable. El vivir internacionalmente es un signo profético.

1.- Fragmento tomado del Plan general de formación de las Religiosas Misioneras de Santo Domingo